

les, y la corte de Francia. El rey, dice un cronista, había comisionado á Pedro Colonna para hacer promesas corruptoras. «En el mes de abril de 1305, tres consejeros del rey de Francia, Mouche, Itier de Nanteuil, prior de los hospitalarios de Francia, y maese Godofredo de Plessis, protonotario de Francia, se encontraban en Perusa. En 14 de abril los magistrados municipales les advirtieron que se decía en Perusa que habían ido allí para proceder contra la memoria de Bonifacio y para recusar á los cardenales creados por este papa; los enviados respondieron que habían ido para el bien de la Iglesia universal, en interés de la villa y de sus habitantes, al objeto de que por fin se proveyese de



El papa en consejo  
(De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

pastor á la Iglesia romana. Lo cierto es que trabajaron enérgicamente contra los Gaetani.

Bertrán de Got, que tomó el nombre de Clemente V, fué elegido el día 5 de junio de 1305. Para explicar esta elección, refiere Villani en sus *Istorie fiorentine* la anécdota siguiente. «Los partidarios y los adversarios de Bonifacio, cansados de luchar, habían decidido que los bonifacianos hicieran una lista de tres personas «papables» extrañas á Italia y al Sacro Colegio; de esas tres personas, la que designara la facción adversa sería elegida por unanimidad. Bertrán de Got habría sido incluido en la lista de los bonifacianos porque era considerado como partidario de Bonifacio, amigo de Eduardo de Inglaterra y enemigo de Carlos de Valois. Felipe, prevenido por el cardenal de Prato, se habría apresurado á citar al arzobispo, y en una entrevista celebrada en los alrededores de San Juan de Angely, le habría prometido hacerle elegir mediante ciertas condiciones.» Pero se tienen los itinerarios del arzobispo de Burdeos y del rey de Francia durante el mes de mayo de 1305, en el que Villani coloca la entrevista de San Juan de Angely, y aquellos itinerarios prueban que el arzobispo y el rey no se encontraron, y por consiguiente, que el cronista florentino fué, á lo menos en parte, mal informado. ¿Cómo creer, sin embargo, que la elección de Perusa no fué precedida de conferencias, de una reconciliación y de un pacto entre el arzobispo y el rey? Si la corte de Francia, cuyos agentes ejercieron, con seguridad, una fuerte presión sobre las deliberaciones del

conclave, no hubiese designado á Bertrán de Got, los cardenales no hubieran pensado jamás en sacar de la nada á ese oscuro prelado de Gasuña. Por otra parte, la actitud de Bertrán, papa, apoya la hipótesis tan verosímil de que Bertrán, candidato, se puso á la discreción del rey de Francia. En resumen, que hubo tráficos, y de esos tráficos, que no han dejado rastro, resultó para el Papado «la cautividad de Babilonia.»

Villani dice que uno de los artículos del pacto concertado entre el rey y el futuro Pontífice en la supuesta entrevista de San Juan de Angely, fué la condenación de los actos de Bonifacio. En una carta escrita en 1311, Felipe recuerda á Clemente que le habló de este asunto en Lyon, en noviembre de 1305. Cuando se celebró la segunda entrevista de Poitiers entre el papa y el rey (julio de 1308), las persecuciones contra Bonifacio, la canonización de Celestino V y la absolución de Nogaret fueron tres de las exigencias formuladas por Felipe (1). Así la elección de un agente de Francia ni aun tuvo el resultado de hacer caer el proceso á la memoria de Bonifacio que Nogaret había amenazado con intentar en el pontificado de Benedicto XI: proceso espantoso, cuyo escándalo la corte pontificia debía evitar á toda costa. No se trataba de nada menos, en efecto, que de demostrar por medio de una información, á la faz del mundo, la verdad de las acusaciones articuladas en junio de 1303 por Guillermo de Plaisians contra las costumbres y la ortodoxia de Bonifacio. Ahora bien: Nogaret se había recibido de maestro en estas materias: se sabía que era muy experto en reclutar testigos para convencer, no importa á quién, de los crímenes más innobles. El mismo Clemente V, por poco romano que fuese, previendo la «espantosa desnudez que la mano brutal de procuradores habituados á escudriñar inmundicias iba á revelar,» debía temer la suciedad de su imaginación, la crudeza de su lenguaje (2). Este proceso era para Nogaret el medio de arrancar al sucesor de Benedicto XI la absolución que éste le había negado, y para el rey era un arma. Si Clemente se mostraba dócil, no se hacía uso de ella; si vacilaba en ser complaciente, entonces se sacaba de la vaina. Desde 1306 hasta 1311 el enemigo de los Gaetani se sirvió de la misma con destreza. Si abandonó, por fin, en 1311, la pretensión de hacer desenterrar el cadáver de Bonifacio para que se quemaran sus huesos, fué después de haber hecho proceder á la información (que empezó en 16 de marzo de 1310), llenado de vergüenza á la curia, cubierto de lodo las cosas más sagradas y dictado al papa una letra que justificaba solemnemente á los autores del incidente de Anagni.

La bula *Rex gloriae virtutum*, fechada en Aviñón (27

(1) A partir de 1305, Nogaret no cesó de exhortar al rey para que se ocupara de esas cuestiones. Escribía, por ejemplo, en 1305: «Habréis asumido contra Bonifacio la defensa de la fe y de la Iglesia á la faz del mundo. Temed abandonar. Dejadme hacer. Es preciso que la herejía de Bonifacio quede demostrada antes de reunirse un concilio general. Aquellos que os digan que la cosa es difícil en sí, imposible á causa de las guerras y de la mala voluntad del papa, no se cuidan de vuestro honor. Acordaos de que los hipócritas son abominables á los ojos de Dios: *Qui fingit religionem et zelum Dei ubi non est, hypocrita est, et oportet quod talis a Domino necessario confundatur...*» (Holtzmann, obra citada, pág. 253).

(2) E. Renán, *Histoire littéraire*, XXVII, pág. 332.

de abril de 1311), que levanta y ordena borrar de los registros de la Iglesia de Roma las excomuniones, sentencias, etc., lanzadas por Bonifacio y por Benedicto, desde el día de Todos los Santos del año 1300, contra el rey, el reino, los apelantes al concilio general, etc., parece haber sido preparada por el mismo Nogaret en persona. Otra bula de la misma fecha declara que el papa no recibirá en adelante ningún acta en que se vitupere el celo de Felipe en el asunto de Bonifacio: «Este celo, dice Clemente V, fué laudable, *nos bonus pronunciamus atque justum.*» *Zelum bonum atque justum*, tal es el juicio de un papa sobre la conducta del rey durante la desavenencia: lo que hizo el rey, lo hizo, y Clemente V lo atestigua, en defensa de la Iglesia, como campeón de la fe: aprobación cien veces más cruel para el Papado que el bofetón simbólico de Sciarra.

### CAPÍTULO III

#### FELIPE «EL HERMOSO» Y CLEMENTE V (1). LA CUESTIÓN DE LOS TEMPLARIOS (2)

I. La orden del Temple á principios del siglo XIV.—II. Preliminares del proceso de los templarios.—III. El proceso de los templarios. Primera fase, hasta el verano de 1308.—IV. Segunda fase, hasta el concilio de Viena.—V. La orden en el concilio de Viena.—VI. Epílogo de la cuestión.

Bertrán de Got se encontraba haciendo la visita pastoral en el Poitou cuando recibió la noticia de que era papa. En vez de encaminarse hacia Italia, citó á los cardenales para reunirse en la villa de Lyon. Su coronación tuvo lugar en 14 de noviembre de 1305 en la iglesia de San Justo; aquel día el rey de Francia llevó de la rienda al palafreño pontificio; pero durante la procesión ocurrió un accidente que pareció de mal agüero: se derrumbó una pared; el papa fué derribado; un carbunco se desprendió de su tierra; Carlos de Valois, hermano del rey, quedó lastimado; el conde de Bretaña, el cardenal Mateo Orsini y un hermano de Clemente V fueron heridos mortalmente.

En el mismo mes de noviembre de 1305 y en la mis-

ma villa de Lyon, las gentes del rey empezaron ya á dar á conocer sus exigencias al nuevo papa. Clemente nombró de una sola vez diez cardenales, de los cuales nueve eran franceses (ó mejor dicho, gascones, miembros ó amigos de la familia de Got), lo cual redujo el elemento italiano del Sacro Colegio al estado de minoría. En asuntos políticos y financieros, su complacencia con la corte de Francia fué al principio casi ilimitada. Finalmente, empezaron unas conferencias acerca de un grave y misterioso asunto que obsesionaba desde entonces el pensamiento de Nogaret y de sus semejantes.

#### I.—La orden del Temple á principios del siglo XIV

La orden del Temple se fundó después de la primera cruzada. El primer maestre, Hugo de Payns, quiso hacer de sus «pobres caballeros de Cristo» la gendarmería de la Palestina. Les estableció en la vecindad del Templo de Jerusalén, de lo cual les vino el nombre de templarios. En el concilio de Troyes, en 1128, recibieron una regla breve y dura, dictada, según se dice, por San Bernardo; en ella están previstos todos los detalles de la vida de los monjes soldados: que tengan armas sólidas, pero sencillas; ni oro ni plata en los estribos ni en las espuelas; que lleven, por encima de la cota de malla, un manto de uniforme, blanco para los caballeros, negro ó rojizo para los ministros y los escuderos; Eugenio III añadió más tarde la cruz roja en el manto blanco; que coman bien: necesitan ser vigorosos: quedan prohibidas «las abstinencias inmoderadas.» La orden proveerá de todo lo necesario á sus individuos, pero éstos no deben tener nada suyo.

En resumen, la vida de los primeros templarios era confortable, activa, disciplinada, muy poco mística; era la vida de hombres brutales, piadosos y sencillos de espíritu.

El desarrollo de su instituto fué rápido. Adquirió vastos dominios en Asia y en Europa, donde se elevaron numerosos «temples.» Se organizó una jerarquía: los caballeros tuvieron á su servicio toda una clientela de personas afiliadas á la orden, ministros y capellanes, sol-

(1) La biografía de Clemente V por M. Renán en la *Histoire littéraire* (XXVIII 1881), fué escrita antes de la publicación de los registros de Clemente V (*Regestum Clementis pape V*, 1880-1890, 7 vol.). Falta escribir un libro sobre las relaciones de Francia y de la Santa Sede durante el pontificado de Clemente V, análogo al de M. Digard sobre las relaciones de Francia y de la Santa Sede durante el pontificado de Bonifacio VIII.

(2) Centenares de volúmenes, de folletos y de artículos se han publicado sobre la cuestión de los templarios, que durante varios siglos ha sido obscura y que ahora es muy clara: se encontrarán informes bibliográficos en la *Revue historique* (mayo de 1889), en el *Archivio storico italiano* (1895, págs. 225 y siguientes) y en el libro de J. Gmelin, *Schuld oder Unschuld des Tempelordens*, 1893. Los principales textos han sido publicados por J. Michelet (*Procès des Templiers* en la «Collection de documents inédits sur l'histoire de France,» 1841-1851) y por K. Schottmüller, *Der Untergang des Tempel-Ordens*, 1887.

Entre los escritores que han estudiado la historia de la destrucción de los templarios, unos creen y otros no creen en la culpabilidad de la orden. En presencia de estas contradicciones, decía Napoleón I que nunca se sabría nada.

Los apologistas católicos se han creído, por espacio de mucho tiempo, obligados á condenar á la orden para rehabilitar la memoria del papa que los condenó: «Es preciso, dice uno de ellos, que el proceso de los templarios no sirva de tema á las declamaciones

de los incrédulos contra la Santa Sede.» Los apologistas de la monarquía absoluta, siempre prontos á justificar por fas ó por nefas los actos de la autoridad, han abundado en los mismos sentimientos: para los historiadores como Dupuy, los templarios eran culpables porque el gobierno de Felipe el Hermoso no podía cometer un crimen. Algunas sectas místicas, heterodoxas, como los masones y los rosacruces, han glorificado á los caballeros del Temple de una parte de los crímenes que les imputaron Felipe y Clemente, á fin de ligarse á un antiguo tronco: han querido ver profundidad en el simbolismo inepto que han descrito los acusadores del Temple. En fin, pensadores independientes como Wilcke, Hammer-Purgstall, Michelet, H. Martín, Loiseleur y Prutz, por no haber interpretado correctamente los textos ó porque les era cómodo declamar contra «los vicios de los monjes,» han hecho coro con los partidarios de la infalibilidad papal y con los de la infalibilidad monárquica.

No obstante, algunos hombres han visto claro, muy pronto, en esta cuestión extraordinaria. Desde luego, muchos contemporáneos de los acontecimientos no fueron víctimas del engaño. En los tiempos modernos Le Jeune, Voltaire (en su *Essai sur les mœurs*), Raynouard, Soldau, Havemann, Schottmüller y Lavocat, han tenido la intuición de la verdad. La luz se ha hecho definitivamente por H. C. Lea (en el tomo III de su *History of the Inquisition of the Middle Ages*, 1888), y J. Gmelin en su obra ya citada se ha encargado de demostrarlo. Véase también la *Revue des Deux Mondes*, enero de 1892, págs. 382 y siguientes.

dados y sacerdotes; la orden tuvo sus tropas y su clero propios, sus asambleas deliberantes ó capítulos. En fin, la Santa Sede agotó en beneficio de los templarios, como más tarde en beneficio de los mendicantes, todos sus favores espirituales; la bula *Omne datum optimum*, de 15 de junio de 1163, creó á los templarios un lugar privilegiado en la Iglesia.

A partir de la mitad del siglo XIII, la orden tuvo, por consiguiente, destinos por partida doble. Quedó en Oriente, á la vanguardia de los ejércitos cristianos, donde á veces combatía al islamismo con más prudencia que energía. En Occidente, y sobre todo en Francia, en Inglaterra, en Aragón, en Portugal y á orillas del Rhin, los templarios fueron grandes propietarios de tierras. Pero esto no hubiera bastado para hacerles sobresalir. Menos largamente dotados que los cistercienses y aun quizás que los hospitalarios, se hicieron los tesoreros, los banqueros de la cristiandad. La orden había tenido siempre tendencias prácticas, positivas; los templarios eran excelentes administradores; sus conventos eran edificios inviolables, construídos como fortalezas. Todo esto indica la confianza que los «temples» inspiraban á los poseedores de capitales. Los reyes, los príncipes y hasta los particulares tomaron la costumbre de considerar los tesoros de los templarios como cajas donde podían con seguridad consignar en cuenta corriente fondos considerables. Los caballeros, por su parte, se decidieron á sacar provecho del dinero de los deponentes en lugar de inmovilizarlo en sus arcas. Abrieron créditos á las personas solventes, se encargaron de transportar grandes cantidades de una plaza comercial á otra, sea materialmente por convoyes escoltados, sea por medio de correspondencias y de giros entre sus «casas» de los diversos países.

El buen renombre de su contabilidad les permitió pronto extender el campo de sus operaciones financieras y hacer, por cuenta de los reyes, de los príncipes y de los señores, sus clientes, las operaciones de tesorería más complicadas (1). En el siglo XIII los «temples» de París y de Londres, señoríos cerrados y fortificados que han dejado su nombre á barrios de dichas capitales, eran establecimientos públicos de crédito. A los templarios confiaban ordinariamente los papas el cuidado de recibir y de administrar las sumas recaudadas en provecho de San Pedro ó de la cruzada. Los templarios de París fueron los banqueros de Blanca de Castilla, de Alfonso de Poitiers, de Roberto de Artois y de una multitud de otros personajes. Juan *Sin Tierra* y Enrique III hacían ingresar en el «Temple» de Londres el producto de las contribuciones públicas. La orden dió ministros y hacendistas á Jaime I, rey de Aragón, y á Carlos I, rey de Nápoles. Durante más de un siglo, desde Felipe Augusto hasta Felipe *el Hermoso*, el tesoro del Temple de París fué el centro de la administración rentística de los reyes de Francia.

Una orden de soldados groseros no había podido transformarse en una república magnífica, rica en tierras, rica en privilegios, enriquecida además por el comercio de metales preciosos y por el crédito, y acreedora de los papas y de los reyes, sin corromperse y sin

(1) L. Delisle, *Opérations financières des Templiers*, en las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, tom. XXXIII (1889).

excitar la malevolencia. A fines del siglo de San Luis, la orden, como también ocurría con la mayor parte de las demás órdenes, tenía enemigos y tenía vicios.

La queja principal que se tenía contra los caballeros del Temple era su codicia. «Cada uno de vosotros, les decía el cardenal Jaime de Vitri, hace profesión de no poseer nada en particular, pero en común lo queréis tener todo.» Se habían formado leyendas para explicar su opulencia. Se decía que especulaban con los granos, que hacían padecer hambre al pueblo. Corría el rumor de que el día de su recepción prometían aumentar los bienes de la comunidad por todos los medios, hasta los ilícitos. Estos cuentos, y otros aún más absurdos, encontraban fácilmente crédito entre el populacho. En cuanto á los príncipes y á los reyes, algunos autores modernos han creído que veían, y que tenían razón de ver, un peligro para su autoridad en el aumento indefinido de las riquezas y de la clientela de la orden, en su «poder exorbitante, fuera de las naciones, que detenía la primera necesidad de la época, la formación del Estado.» como si los templarios se hubiesen encontrado entonces en disposición de fundar, á expensas de los reinos de Occidente, repúblicas clericales análogas á las de los caballeros teutónicos en Alemania ó de los jesuitas en el Paraguay. Pero eso no deja de ser una hipótesis gratuita. El cuerpo entero de la orden, esparcido desde Irlanda á la Siria, no comprendía más allá de 15.000 caballeros ó ministros, de los cuales una tercera parte estaban en Francia; no hubo jamás en ningún sitio la menor veleidad de acción política. No era la orden peligrosa para nadie; pero su orgullo y su fortuna habían bastado para hacerla odiosa á todo el mundo: á los que la envidiaban desde abajo; á los príncipes á quienes obligaba; al clero de las iglesias locales, naturalmente hostil á las cofradías privilegiadas por Roma, y hasta á los mismos papas. Clemente IV recordaba á los templarios, en 1265, que sin la maternal protección de la Iglesia de Roma no podrían resistir mucho tiempo á «la animosidad pública que se desencadenaría contra ellos.»

Tanto orgullo sentaba mal, ciertamente, á un instituto que ya no tenía razón de ser después de tomadas las últimas fortalezas cristianas de Siria. San Juan de Acre, el último puerto de la cristiandad latina en Asia, cayó en 1291; y aunque el maestre del Temple, Guillermo de Beaujeu, fué muerto en las murallas con quinientos de sus caballeros, este desastre causó, sin duda, en Europa una recrudescencia de desprecio hacia las órdenes militares. Desde cien años atrás, el Occidente, afligido por los continuos reveses de la buena causa en los países de ultramar, los atribuía á la decadencia de los templarios y de los hospitalarios, á sus querellas y hasta á su perfidia. Se contaba que el maestre Guillermo de Beaujeu, el héroe de San Juan de Acre, había sido el amigo de los sarracenos, y que «la orden había gozado largo tiempo de la protección del soldán.»

Los caballeros habían, pues, acumulado contra ellos prejuicios insistentes, y no eran bastante virtuosos para desarmar la calumnia. La orden contaba en sus filas muchos hermanos cuya moralidad era dudosa. Varios de ellos tenían vicios de monje; se dice todavía en Francia: «beber como un templario,» y la vieja palabra alemana *Tempelhaus* significa una casa de mala reputa-

ción. Parece cierto que en sus conventos algunos templarios se divertían á veces con chanzas propias de un cuerpo de guardia. Y no es imposible que haya habido en la orden algunos escépticos, satisfechos de asombrar á las buenas gentes con una afectación de cinismo. ¿Qué se debía pensar oyendo á esos defensores de Cristo decir, si es verdad que se hayan dicho tales cosas, como cierto caballero borgoñón: «No tiene ninguna importancia renegar de Cristo; en mi país se le blasfema cien veces por una pulga;» ó como un caballero de Inglaterra: «Las creencias de los paganos valían tanto como las nuestras?» Todo esto se tomaba al pie de la letra, se interpretaba en mal sentido, se generalizaba y se iba fijando la idea de que las doctrinas diabólicas se habían introducido en la orden durante su larga permanencia en el país de las herejías y del islamismo.

Una circunstancia desgraciada aguzaba por otra parte las sospechas: era que todos los asuntos del Temple se llevaban con el más riguroso secreto. La regla, tan bella, tan pura, no existía más que en un pequeño número de ejemplares; su lectura estaba exclusivamente reservada á los dignatarios; muchos templarios no habían tenido nunca conocimiento de la misma. Raúl de Presles, abogado del rey, oyó un día al rector del Temple de Laón decir que tenía un libro secreto de los estatutos de la orden que no lo enseñaba á nadie. «Tenemos artículos, habría dicho otro templario, que sólo conocemos Dios, el diablo y los hermanos de la orden.» La misma regla recomendaba el secreto de las asambleas capitulares. Ahora bien: el buen sentido del pueblo creará siempre que lo que se oculta tiene algo que ocultar. Los templarios celebraban sus cabildos, y principalmente aquellos en que tenía lugar la recepción de nuevos miembros de la orden, durante la noche, en sala cerrada y guardada por centinelas. «Se sospecha de ellos con motivo de sus recepciones, dice un testigo, porque parece que no quieren que se sepa lo que pasa en ellas.» Cuando los jueces informadores preguntaron al preceptor de Auvernia por qué se obraba en secreto, si no se hacía ningún mal, respondió: «Por necesidad.» Era una falta, en efecto, que agravaban aún más aquellos que hacían entender á los profanos, por jactancia, «que los hermanos matarían á cualquiera, aunque fuese al rey, que asistiera á sus cabildos.» Los que se habían atrevido, ó que decían haberse atrevido, á dar una mirada á través de las rendijas de las puertas de las salas capitulares del Temple referían cosas espantosas; habían visto orgías sin nombre, escenas de idolatría y de incontinencia, «el suelo pateado como después de un aquelarre.» En resumen, la opinión pública estaba preparada á creerlo todo con respecto á la orden del Temple.

No obstante, los rumores hostiles al Temple apenas se habían propagado, en el siglo XIII, más que en las clases inferiores de la sociedad; y en ellas circulaban cuentos igualmente desfavorables sobre los hospitalarios, cuya regla, sin embargo, no era secreta y que no eran hacendistas. Pero los hombres más ilustrados reconocían, por su parte, la necesidad de una reforma de las órdenes militares. San Luis, Gregorio X, el Concilio ecuménico de Lyon en 1274, habían recomendado como remedio la fusión del Temple y del Hospital en un solo instituto. Nicolás IV y Bonifacio VIII estu-

diaron esta medida sin adoptarla; durante veinticinco años estuvo á la orden del día entre las cuestiones que preocupaban á la Europa cristiana. En 1306-1307, poco tiempo antes del proceso que debía dar por resultado la destrucción del Temple, se escribieron aún dos importantes memorias acerca de este asunto. Una de ellas es de Santiago de Molai, maestre de la orden; combate á la vez el principio y la oportunidad de la fusión, sin dar más razones sino que los inconvenientes de un nuevo estado de cosas serían superiores á las ventajas esperadas. La segunda es de Pedro Dubois, el legista de Coutances. Dubois no hace ninguna alusión á las enormidades que se contaban de los templarios. Se limita á decir que son ricos y que sus bienes aprovechan poco á la defensa de los santos lugares. «Nada más fácil de



Sello de Roberto de Artois

corregir, dice; es preciso obligarles á vivir en Oriente de los bienes que allí poseen; ya no ha de haber templarios ni hospitalarios en Europa. En cuanto á sus tierras situadas á la parte del Mediterráneo, serán dadas en arrendamiento noble. Así se obtendrán más de 800.000 libras tornesas por año, que servirán para comprar navíos, víveres y equipos, de manera que los más pobres podrán marchar á ultramar. Se utilizarán los prioratos y las encomiendas; se instalarán en ellos escuelas para los niños y las niñas adoptados por la obra de las cruzadas, en las cuales se enseñarán simultáneamente las artes mecánicas, la medicina, la astronomía y las lenguas orientales...» Este plan se reduce, como se ve, á dos proposiciones esenciales: librarse, en Europa, de las personas de los templarios y confiscar sus bienes. Estos proyectos del folletista son interesantes á título de síntomas. Desde el momento en que se estaba dispuesto á creerlo todo, las gentes del rey escasas de dinero y que acababan de hacer su negocio contra Bonifacio y contra los judíos (1) estaban prontas á atreverse á todo.

## II.—Preliminares del proceso de los templarios

En la historia de las relaciones de Felipe *el Hermoso* con los templarios, durante la primera parte de su reinado, no hay signos precursores de los sentimientos que

(1) Véase más adelante, capítulo V.